

**¡**CUÁN agitado fué mi sueño aquella noche! cien veces soñé, que con mi mano en la de Rosa, jugaba en un jardin tan hermoso como el paraiso que mi madre me habia descrito con frecuencia; corriamos, bailábamos, saltábamos, y nos divertíamos con una alegría inexplicable: Rosa me decia mil cosas dulces y tiernas, y yo; ¡desgraciado de mí! estaba dotado del don de la palabra, y le aseguraba mi reconocimiento en un lenguaje claro y sentido.

Alguna vez me figuraba que comia tan hermosas y tan apetitosas confituras, que los jardines de la feria y los buenos dulces de la tienda del sacristan, no eran nada comparados con estos.

Otras veces, mi imaginacion se afanaba en resolver el enigma que ocupaba mi imaginacion desde la víspera, despertando mi curiosidad. Rosa me habia prometido un regalo en cambio de mis figuritas: ¿qué podria ser este regalo? me era imposible hacer una suposicion probable; ¿seria algun caballo grande de madera, alguna bella corbata, ó acaso un hermoso pastel? pero mi razon me decia que me engañaba en todas estas suposiciones.

Impulsado por mi impaciencia, me levanté á media noche, creyendo que era ya de dia: mi madre me riñó y me envió de nuevo á acostar: en fin, el deseado dia empezó á aparecer: apenas habiamos tomado el café que nos servia de desayuno, cuando empecé á importunar á mi madre para que sacase de la cómoda mi traje de los domingos: costóle mucha pena el convencerme de que no debia ir al castillo hasta despues de mediodia, y que tenia aun largo rato que esperar, fuíme á sentar en un rincón del cuarto, y permanecí con los ojos fijos en el reloj: despues que hube probado por dos ó tres veces á hacer comprender á mi madre con mis gritos impacientes que la aguja se hallaba parada, se enojó, me tomó por el brazo y me puso en la puerta, prohibiéndome volver hasta que el reloj de la iglesia hubiese dado las doce.

Solo ya, empecé á pasearme en el bosque y en el campo, volví al pueblo, dí mil vueltas al rededor de la iglesia y miré mil veces con despecho la perezosa aguja del cuadrante, hasta que al fin, la primera campanada de las doce resonó en los aires y me arrancó un grito de alegría.

Cuando llegué á mi casa, estaban sentados á la mesa: yo ocupé mi sitio acostumbrado al lado de mi padre; pero mi plato quedó vacío, pues debia comer en el castillo: mis padres hablaban, riendo de los succulentos manjares que yo debia comer: mis hermanos estaban silenciosos y me consideraban con una mirada poco benigna: la pobre comida de nuestra casa parecia serles muy agradable, aunque de costumbre, y mas de una vez dejaron caer la cuchara con desaliento, cuando mi padre hablaba chancéándose de las aves asadas y de los castillos de mazapan que llenarian la mesa de nuestros señores. En cuanto á mí, no prestaba ninguna atencion á lo que se decia: estas descripciones no me interesaban nada: yo no veia mas que la amable sonrisa que iluminaba el dulce rostro de Rosa.

Al terminarse la comida, mi madre me sentó sobre sus rodillas y empezó á desnudarme: lavóme muy bien con agua caliente y jabon, y humedeció mis cabellos, que rizó despues con sus dedos en gruesos anillos; largó tiempo duró mi atavío, porque mi madre queria que estuviera lo más hermoso posible, aunque mi padre pretendia que era absurdo el vestirme con mi traje de fiesta para ir á jugar.

Antes de dejarme partir, mi madre me colocó enfrente de ella, y me dijo con aire grave y severo de qué modo debia comportarme en el castillo y todo lo que podia hacer y no hacer: me dijo que era preciso me limpiase cuidadosamente los piés delante de todas las puertas, antes de entrar en las habitaciones: me encargó me quitase la gorra para saludar y que me limpiase las narices con el pañuelo que me habia puesto en el bolsillo de mi pantalón: no debia gritar ni hacer gestos y, si me daban alguna cosa, debia besarme á mí propio la mano, porque no sabiendo hablar, no podia manifestar de otro modo mi gratitud.

La una sonaba en el reloj de la iglesia, cuando mi madre, dándome el beso de despedida, me dijo que ya podia irme, lo que hice temblando de impaciencia.

Corrí sin descansar todo el pueblo, y la avenida que lleva al castillo: pero cuando me aproximé á la verja que estaba abierta y no ví á nadie en el jardín, me sentí presa de un terror secreto: entré sin embargo, pero solo hallé el silencio y la soledad en torno mio.

¡Qué bella perspectiva se desplegó ante mis ojos! una ancha esplanada, parecida á una pradera, se extendia por todos lados, rodeada de grandes árboles: entre el verde césped, veia un hilo de agua clara y azul, que yo hubiera tomado por el que pasaba cerca de nuestra casa, pero que era sin embargo mas ancho y mas profundo; un puente redondo, como un arco gigantesco pasaba de un

lado á otro: este puente estaba formado de ramas de encina, admirablemente entrelazadas, y me pareció que no me atreveria jamás á atravesarlo de miedo de sentirle crugir bajo mis piés, y romperse bajo mi peso.

Al derredor del jardín se elevaban árboles colosales, espesos, como un bosque impenetrable: al pié de estos árboles, las lilas crecian con tanta abundancia, que sus flores rodeaban el jardín como una inmensa guirnalda, y perfumaban el aire del aroma mas delicioso; por todas partes á donde yo dirijia la mirada, á lo largo de los senderos, y en los terrenos donde crecian plantas, veia flores y arbustos que me eran totalmente desconocidos, y que me asombraban por sus extrañas formas y sus brillantes colores.

La soledad completa y el silencio solemne que allí reinaban, me causaron miedo: aproximeme al castillo paso á paso; mi corazón palpitaba aceleradamente en mi pecho, y acaso no hubiera podido llegar, á no abrirse una puerta de repente: Rosa salió por ella, y corrió á mí llena de alegría: me tomó por la mano, me condujo hácia el edificio y me dijo con tono de reconvencion:

—¿Por qué has tardado tanto? eso no está bien hecho, Leon: ya estamos comiendo, y mi padre podia haberse incomodado.

Y leyendo en mi rostro que sus palabras me causaban miedo, añadió:

—Vamos, vamos! es en broma lo que digo: no tengas miedo, sino por el contrario, está muy alegre: ¡cuánto jugaríamos y correríamos en este gran jardín ¡no es verdad! ¡qué lástima que no sepas hablar! pero en fin, yo te entiendo bien.

Mi bienhechera me hizo entrar en el castillo, y cruzamos un anchuroso vestíbulo: acordándome de las advertencias de mi madre, me limpiaba sin cesar los piés delante de todas las puertas. Rosa asombrada me decia:

—Pero Leon ¿qué tienes en los piés? basta ya de limpiarte!

En el vestíbulo habia un hombre, cuyo traje estaba galoneado de plata: yo me quité mi gorra y le saludé con un respeto temeroso: él sin decir una palabra, abrió la puerta tras de la cual estaba de pié.

Halléme en una gran sala, cuyas paredes brillaban con molduras de oro: los padres de Rosa se hallaban sentados delante de una mesa: yo me quedé en pié cerca de la puerta, con mi gorra en la mano, y oyendo apenas las palabras de bienvenida que me dirijian Mr. y Mme. Pavelyn. Rosa me condujo á una silla junto á la mesa, y me hizo sentar allí: la cabeza me daba vueltas y tenia los ojos bajos sin atraverme á mirar á ninguna parte, trémulo y lleno de confusion.

Un criado me puso al cuello una gran servilleta blanca, de un modo, que apenas podia mover los brazos: los padres de Rosa, y los mismos criados, parecian divertirse mucho con mi embarazo, y se reian por lo bajo: la compasiva niña solamente, trataba de darme valor, y me alentaba con dulces palabras.

Mr. y Mme. Pavelyn se pusieron á reir aun mas fancaamente cuando yo besé mi mano para dar gracias al criado, que habia colocado un pedazo de pan al lado de mi plato.

Yo estaba muy turbado: el sudor corria por mi frente, y me palpitaba el corazon con tanta fuerza que apenas podia respirar: la sopa humeaba en mi plato, y cada uno me instaba á que comiese; pero estaba tan aturdido que no acertaba á moverme.

Rosa tuvo piedad de mi confusion y vino á mi socorro: acercó su silla á la mia todo lo posible; arregló cómodamente la servilleta al derredor de mi cuello, y me puso la cuchara en la mano: al pronto obedecí maquinalmente á lo que me decia: pero despues alentado con sus dulces pa-

labras, cobré un poco de valor: velaba ella como una pequeña madre, sobre su infeliz protegido: hizo que el criado cortase la carne que tenia delante: me dijo el nombre de todos los platos, y me enseñó cómo debia manejar mi tenedor, y colocar los huesos de las aves y cómo me debia limpiar las manos y los lábios con la servilleta: en una palabra, me enseñó á comer de un modo conveniente, con una atencion delicada, y una tierna solicitud, que penetraron mi corazon de reconocimiento.

Sirvieron tortas y dulces de una extrema delicadeza y de un perfume exquisito: pero yo no encontraba gusto alguno á lo que comia: la riqueza del salon donde me hallaba, el oro que brillaba en las paredes, los espejos que todo lo multiplicaban, y en los cuales, la mirada se perdia hasta lo infinito, todo esto me abrumaba con su grandeza y su brillo: una cosa sobre todo excitaba mi admiracion, y atraia mis ojos: era una gran estatua blanca, colocada sobre un pedestal y que se hallaba á mi derecha: representaba un hombre medio desnudo, que solo tocaba á la tierra con la punta del pié y que parecia quererse lanzar á los aires: tenia dos alas detrás de la cabeza y dos en cada pié: en la mano derecha, llevaba dos serpientes entrelazadas.

Rosa me dijo, al notar mi asombro, que aquel era el dios Mercurio: pero como mi madre, al enseñarme la doctrina, no me habia hablado jamás de semejante dios, la explicacion no me enseñó nada: no era por otra parte la significacion de la estatua la que mis ojos buscaban en esta obra de arte: yo estaba asombrado de que se pudiera imitar tan bien con la madera ó la piedra, el cuerpo de un hombre, que parecia vivir y respirar: porque mas de una vez, habia yo inclinado la cabeza temblando de que este dios desconocido saltase sobre mí: examinaba tambien con una atencion curiosa de qué modo la estatua estaba hecha y me esforzaba en gravar sus formas en

mi memoria, como para evocarlas, cuando yo me pusiera á trabajar la madera con mi cuchillo.

Durante la comida habian puesto vino en mi vaso, y me lo habian hecho beber: el rojo licor, me habia parecido acre y amargo: cuando sirvieron los postres, Rosa me dijo que se iba á servir un vino dulce que me gustaria mucho; miéntras ella hablaba, se acercó el criado con una botella plateada, y yo observé con curiosidad lo que iba á hacer con una especie de pinzas que llevaba en la mano.

De repente, resonó una detonacion parecida á la que hace una arma de fuego: y como Rosa ocultase la cara entre las manos, y dejase escapar un gran grito, yo pensé que le habia sucedido algo.

Temblando como un azogado salté en mi silla: un grito de espanto salió de mi pecho, y grité distintamente.

—Rosa! Rosa!

—Ah! Leon ha hablado otra vez! exclamó la niña con alegría: vos le habeis oído, verdad papá? ha pronunciado mi nombre, tan bien, y tan distintamente, como una persona que sabe hablar!

Y riéndose á carcajadas, me hizo comprender que esta detonacion, nada tenia de extraordinario y que no era otra cosa que el ruido producido por el tapon que se habia escapado con fuerza de la boca de la botella, habiendo ella fingido que se habia asustado, para asustarme á mí: para tranquilizarme, me presentó un vaso de vino espumoso, y me lo hizo apurar del todo.

Durante este tiempo, sus padres hablaban de mí, y del extraño fenómeno que se habia operado á su vista. Mr. Pavelyn, me hizo probar de nuevo á repetir el nombre de su hija: pero se vió precisado á comprender, despues de verme hacer muchos esfuerzos inútiles, que me era de todo punto imposible articular un sonido determinado, por la sola fuerza de mi voluntad.

—Solo bajo la impresion del espanto ó de una emocion violenta, es como este niño pronuncia alguna palabra por casualidad, dijo á su esposa: yo he leído algunas veces, que personas mudas desde la infancia habian adquirido el uso de la palabra, bajo el golpe de algun terrible acontecimiento; puede sucederle á este muchacho, una cosa semejante: pero ¿quién sabe si algun incidente le conmoverá ó le espantará bastante en toda su vida, para curarle completa y definitivamente?

Yo no comprendia bien lo que el padre de Rosa queria decir: mas sus palabras me dejaron sumergido en profundas reflexiones de las que solo salí, cuando Mr. Pavelyn ordenó á su hija que fuese á buscar el regalo que tenia para mí, y que me lo diese.

La niña salió del comedor por una puerta lateral, y volvió un instante despues, enseñándome desde léjos un objeto envuelto en un papel; descubrióle y me lo entregó: era una especie de cuchillo cerrado, pero brillaba como la plata, y el cabo era de precioso y límpido nácar, donde la luz reflejaba en cambiantes de mil colores.

Rosa, al ver mi asombro, volvió á tomarlo de mi mano, y abriendo sucesivamente las diferentes hojas de que constaba, me dijo:

—Leon, este es el regalo que te hago en cambio de las figuritas que tú has hecho para mí: mira, esta primera hoja es un cuchillo grande y fuerte, con el cual podrás casi cortar un árbol jóven: esta otra hoja, es cortaplumas, y estas otras, son dos mas pequeñas: esta es una lima; esta otra hoja, es una sierra, esta es una barrena, y en fin, aquí bajo hay unas tijeras; todo está fabricado sólidamente en acero inglés, fino y bien templado, como dice mi padre: ahora sí que podrás hacer lindas figuritas, ¿verdad? Mamá queria regalarte un pastel grande; pero yo sabia que esto te agradaria mas: ¿no me he engañado, no es cierto?

Dos lágrimas rodaron por mis mejillas, y como signo de gratitud, besé mis dos manos, lanzando algunos gritos que no pude contener: mis ojos hablaban sin duda un lenguaje muy expresivo, porque todos los que me miraban, hasta el criado, parecían enternecidos del reconocimiento que expresaban.

No me cansaba de admirar el regalo de Rosa: cerraba y abría alternativamente todas las hojas, y me servía de ellas en mi imaginación: ¡qué riqueza había allí! ¡ya tenía útiles de toda especie; un taller completo, en fin! Desde entonces, podría fabricar desde la mañana á la noche, y con la grande facilidad, figuritas de todas clases para mi dulce protectora! ¡Qué bien iba á trabajar con los instrumentos elegidos por ella!

De tal suerte me hallaba agitado por la alegría y la admiración, que no oí á Mr. Pavelyn, que me hablaba:

—Vamos, Leon, repitió alzando la voz: devuelve á Rosa tus útiles para que ella los guarde, hasta que vuelvas á tu casa, porque si no te vas á olvidar hasta de ir á jugar: id ahora los dos al jardín: corred y saltad tanto como queráis: el tiempo está dulce y hermoso: nosotros vamos á tomar café al aire libre, y os veremos divertir.

Salí de la sala con Rosa, y ésta al pasar por cerca de la escalera, tomó dos pequeñas redes de seda verde, que cerca de ella estaban pendientes de un clavo: me dió la una, y me dijo que íbamos á cazar mariposas.

Desde que me ví bajo el cielo azul en completa libertad y enteramente solo con Rosa, la timidez que pesaba sobre mi corazón como un plomo, desapareció y respiré con ansia el aire del jardín.

Rosa me dijo que por la mañana había corrido durante dos horas tras de las mariposas sin poder coger una sola; pero que yo que era mas fuerte y listo tendría sin duda mejor suerte.

Apenas había dicho esto, cuando vimos salir del par-

que dos mariposas blancas: yo dejé escapar un grito y ambos nos precipitamos sobre esta primera presa: bailando, saltando y gritando perseguimos á las mariposas: pero sea que yo no fuera bastante hábil para manejar la red, sea que las mariposas poseyeran mas destreza que nosotros, corrimos mas de un cuarto de hora sin el menor resultado: el sudor bañaba nuestras frentes, y nuestras mejillas estaban rojas como las amapolas.

Mr. y Mme. Pavelyn, sentados en el terrado, tomaban parte en nuestra alegría y batían las manos cada vez que su hija por un salto ligero demostraba su fuerza y su placer de vivir.

En fin, yo cojí en mi red dos mariposas blancas, y esto nos causó tanta alegría como si hubiéramos hallado un tesoro: Rosa corrió hácia sus padres que sonreían al ver su emoción: se fué á buscar una caja y las mariposas quedaron en ella prisioneras.

Mr. Pavelyn dijo que estaba muy contento y que podía venir al castillo con frecuencia si Rosa continuaba divirtiéndose tanto; pero la niña no tuvo paciencia para esperar á que su padre acabase de hablar y me llevó hácia el parque gritando:

—¡Mira allá bajo! una, dos, tres, cuatro mariposas! oh! vamos al pronto!

Todavía cogí algunos de estos pobres animales: los llevábamos á Mr. Pavelyn que fingía participar de nuestra triunfante alegría y que abría la caja para recibirlos: en fin, Rosa consiguió también coger una bella mariposa que abría y cerraba las alas sobre el tronco de un árbol, era de un hermoso color rojo oscuro con manchas azules y de plata.

Imposible sería pintar la alegría de mi compañera: como una cierva escapada atravesó el parque y corrió hácia sus padres con tal rapidez, que no podía yo alcanzarla: ella misma había cazado el resplandeciente insecto y le

parecía que en adelante ninguna mariposa podría ya escapársele: un instante después volvía á lanzarse á la caza con pasión.

Continuamos durante largo tiempo en este divertido ejercicio: los padres de Rosa, habiendo concluido de tomar el café, habían vuelto á entrar en la casa.

Mientras que yo saltaba haciendo voltear al aire la red Rosa, persiguiendo una mariposa en dirección opuesta, se había alejado de mí.

De repente oí un violento crujido: volví los ojos hácia el sitio de donde había salido el ruido extraño. . . . ¡Cielos! qué horrible cuadro! ví á Rosa que se había precipitado por encima del pretil roto del puente de las encinas y que se sumergía en el agua lanzando un grito de angustia! Mi lengua se desgarró. . . la sangre brotó fuera de mi boca. . . y grité con toda la fuerza que pude; pero no eran sonidos inarticulados los que salían de mi garganta, sino palabras claras y distintas.

—¡Rosa! exclamé. Rosa! socorro! socorro, Dios mío! Mi exclamación resonó á través del jardín y penetró en el castillo.

Lancéme hácia el sitio de la desgracia; parecía que tenía alas: mis piés, apenas tocaban á la tierra. . . . llegué á lo alto del puente, y mis ojos extraviados ya no ven más que algunos pliegues del traje de mi bienhechora; sin pensar que no sé nadar, salto al estanque, y me hallo á su lado: el agua me llega casi á los labios; pero siento que mis piés tocan al fondo, alcanzo á coger los vestidos de Rosa: tomo su cabeza entre mis dos manos, y consigo sacarla fuera del agua; este esfuerzo me hace sumergirme en el fondo; me siento sofocado y las fuerzas me abandonan; entónces adquiero la certidumbre de que me ahogo, de que me voy á morir. . . . pero no es el temor de la muerte, lo que emponzoña para mí este momento supremo, no; es el doloroso pensamiento, de que Rosa va á

morir también; y hasta cuando la última convulsión reanima en mí la vida, no siento más que el dolor de la muerte de Rosa.

Solo más tarde pude saber lo que nos sucedió á entrambos.

Mi grito de angustia, había resonado en el interior del castillo. Mr. y Mme. Pavelyn con sus criados, habían salido espantados, y miraban en derredor suyo, para saber lo que ocurría. Mientras nos buscaban por todas partes, mientras llamaban á Rosa á grandes gritos, uno de los criados se aproximó al puente y vió el vestido blanco de su joven señora, que flotaba sobre el agua; descendió al estanque por la escalinata, tomó á la niña en sus brazos, y la subió al parque completamente privada de sentido.

Al percibir el cuerpo inanimado de su hija, aquel cuerpo rígido y destilando agua, Mme. Pavelyn cayó privada de sentido en los brazos de su esposo, lanzando un grito de terror mortal: aquel la confió á los cuidados de una sirvienta, y se lanzó hácia Rosa medio muerta de terror.

No había estado la niña bajo el agua, durante mucho tiempo: había respirado, en tanto que yo la sostenía la cabeza fuera de la superficie, y no tardó á dar señales de vida y abrir los ojos.

La primera palabra que pronunció Mr. Pavelyn, después de manifestar su alegría por ver á su hija salvada, fué mi nombre: entónces, el criado que la había sacado del estanque, se acordó haber notado algo extraño bajo el agua, y de haberse visto obligado á desgarrar el delantal de Rosa, para separarla de un objeto que parecía retenerla; bajaron de nuevo al estanque; me hallaron en él y me depositaron sobre el césped, no lejos del lugar donde prestaban á Rosa todos los socorros imaginables.

No puede imaginarse una escena más triste: aquí una

madre sin sentido ante la horrible convicción de haber visto el cadáver de su hija ahogada: allí un padre desesperado llamando con sus besos el sentimiento y la vida sobre el cuerpo inerte de la niña: mas lejos el de un muchacho tendido sin movimiento como si el alma le hubiera abandonado para siempre.

Mr. Pavelyn, apesar de su emociion, no habia perdido la presencia de espíritu tan necesaria en estos casos: habia enviado inmediatamente en busca del médico á uno de los jardineros, recomendándole que cerrase la verja y que no hablase á nadie en el pueblo de lo que acababa de suceder: en seguida habia hecho trasportar á su hija cerca de Mme. Pavelyn, aun desmayada, á fin de poder cuidar á las dos al mismo tiempo, consiguió que su esposa recobrase el sentido y con la ayuda de los criados la condujo á la casa lo mismo que á su hija.

Durante este tiempo otros servidores del castillo se hallaban ocupados conmigo, mas apesar de todos sus esfuerzos no daba ninguna señal de vida.

Cuando Mr. Pavelyn hubo tranquilizado á su mujer y hecho acostar á su hija en un lecho bien cubierto, vino al lugar donde yo estaba á tiempo que me iban á introducir humo de tabaco en la nariz: el generoso caballero se arrodilló delante de mí, asió mis manos y trató de volverme á la vida. Rosa que habia recobrado por completo el conocimiento le habia referido que yo habia saltado al estanque y sacado su cabeza fuera del agua para impedir que se ahogase: su padre le habia hecho creer que yo tambien habia vuelto en mi acuerdo; porque temia, y con razon, que en el estado de Rosa la noticia de mi muerte le causara una impresion fatal.

Mr. Pavelyn me hizo llevar al comedor, que era la habitacion mas lejana de la de su hija, me desnudaron y me envolvieron en cobertores de lana: el doctor llegó y empleó remedios enérgicos para traer de nuevo la respira-

cion y el movimiento de las arterias que habian cesado de latir, lo consiguió despues de muchos esfuerzos: empecé á hacer algunos movimientos y alcé los ojos, mas no oia ni veia y aunque me hablaban y me hacian señas conocíase que nada entendia de lo que pasaba en torno mio: entónces Mr. Pavelyn envió á la doncella de su esposa á decir á mi padre con toda la precaucion posible que me habia caido al agua y que el susto y el frio me habian indispuerto ligeramente.

Mis padres, temiendo una desgracia, corrieron al castillo: viéndome con vida dominaron por respeto su angustia y pidieron que se les permitiese llevarme á su casa para cuidarme en ella.

Mi padre, me envolvió en una sábana y en una colcha de lana, me llevó en sus brazos á nuestra casa y me acostó en mi lecho que mi madre calentó antes muy bien.

Gracias á los medicamentos del doctor, una violenta reaccion se operó en mí, y fuí presa de una fiebre, que amenazó mis dias por segunda vez; temíase que el calor de mi sangre produjese un ataque al cerebro, y pusiese bruscamente fin á mis sufrimientos.

En este estado estuve hasta despues de media noche: entónces la fiebre me dejó poco á poco, y caí en un sueño muy profundo: el doctor declaró que el peligro grave habia ya pasado, y creyó poder afirmar, que el accidente no tendria resultados funestos para mí: mi madre y mi hermana mayor quedaron solas á velarme, una á cada lado de la cabecera de mi lecho.